

Bolívar Coronado y Daniel Mendoza. La falsificación literaria, el arquetipo del llanero y la pervivencia del apócrifo

Juan Pablo Gómez Cova
Universidad de Salamanca
juanpablogomez@gmail.com

Fecha de recepción: 19 de Mayo de 2020

Fecha de aprobación: 26 de junio de 2020

Resumen

La falsificación literaria es un tema poco explorado en la literatura venezolana, a pesar de la extensa y compulsiva actividad falsaria de Rafael Bolívar Coronado (1884-1924). El presente artículo intenta reflexionar sobre las relaciones entre la falsificación literaria y la creación artística a partir del caso de *El llanero* (Estudio de sociología venezolana), publicado por la editorial «América» en Madrid (¿1917?) y atribuido al autor costumbrista venezolano Daniel Mendoza (1823-1867). El funcionamiento del sistema literario y los procesos de legitimación de la autoridad textual implican múltiples problemas para la crítica literaria: se plantea aquí la posibilidad de acercarse a la cuestión a través del estudio del caso de un texto espurio. Se indaga también la figura del llanero como arquetipo de la venezolanidad, su constante presencia en la literatura venezolana y su aporte a la consolidación simbólica de la inmensidad de la llanura como imagen predominante del mito fundacional de lo venezolano.

Palabras clave: Rafael Bolívar Coronado, Daniel Mendoza, el texto espurio, autoridad textual, el arquetipo del llanero

Abstract:

Literary Forgery, the llanero archetype, and the survival of the apocryphal text.

Literary forgery is a subject barely explored in Venezuelan literature, despite Rafael Bolívar Coronado's (1884-1924) extensive and compulsive forgery activity. This article tries to reflect upon the relationship between literary forgery and artistic creation based on the case of the book *El Llanero* (Estudio de sociología venezolana), published by «América» in Madrid (1917?), attributed to the Venezuelan writer, Daniel Mendoza (1823-1867). The way the literary system works and the legitimating processes of textual authority imply many problems for literary criticism: the possibility of approaching the matter through the study of the case of a spurious text is raised here. This study also explores the figure of the llanero as an archetype of Venezuelanity, its constant presence in Venezuelan literature, and its contribution to the symbolic establishment of the widespread landscape of the llanos as the main image of the founding myth of Venezuela.

Keywords: Rafael Bolívar Coronado, Daniel Mendoza, spurious text, textual authority, llanero archetype.

Entre 1917 y 1918, la Editorial «América» dirigida por el polígrafo venezolano Rufino Blanco Fombona publicó en Madrid un tomo intitolado *El llanero* (*Estudio de sociología venezolana*) del autor Daniel Mendoza, que formó parte de la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales de esta editorial¹. El hecho ofrece un hito en la historia de la literatura venezolana, por un lado, y en la historia de la falsificación literaria, por otro, que quizás no ha sido atendido en su justa dimensión. El libro fue escrito, en realidad, por Rafael Bolívar Coronado (1884-1924), el falsificador más “connotado” de nuestra literatura. El delito fue confesado en el prólogo a la antología de la poesía boliviana *Parnaso boliviano* (otro complejo

¹ La Editorial América no colocaba el año de impresión en sus libros. Lo más probable es que haya sido editado a finales de 1917. La Biblioteca Nacional de Venezuela señala 1919 como año de impresión. La Biblioteca Nacional de Madrid señala 1918. La actividad de Bolívar Coronado como copista, investigador y colaborador en esta casa editorial se llevó a cabo entre 1916 y 1917.

caso de falsificación literaria), editado por Maucci en Barcelona hacia 1920. Bolívar Coronado admite:

Eché mano, pues, de una estratagema: manifesté a los editores que yo poseía los derechos de autor de una obra maravillosa de sociología (*El llanero*), les mostré en un diccionario biográfico el nombre y la bibliografía del autor y puestas las cosas en ese terreno pude vender mi obra aunque a vil precio: dije yo a los editores que el volumen lo había copiado de una edición rara existente en la Biblioteca Nacional. (Bolívar Coronado, s.f, p.6)

Como lo expresado por Bolívar Coronado debe ser tomado con pinzas y estar siempre bajo sospecha debido a su vocación por el fiasco, la certeza de que se trataba de una falsificación llegaría en 1952, con el texto de Oscar Sambrano Urdaneta *El llanero. Un problema de crítica literaria*, editado por la Asociación de Escritores de Venezuela y en el que, a través del señalamiento de anacronismos, frases repetidas, erratas e inconsistencias de estilo, queda demostrado que Daniel Mendoza no escribió ese libro, sino Bolívar Coronado. Más allá del acertado método de esclarecimiento de la cuestión, esta breve obra de juventud de Sambrano Urdaneta se limita a una verificación filológica que obvia ciertos problemas teóricos que realmente supondría para la crítica literaria un caso tan complejo. El título del ensayo no cumple la expectativa anunciada y en él no son abordadas las dificultades críticas que se ponen de manifiesto en una falsificación literaria de esa envergadura. Entra en valoraciones moralistas y psicológicas, con un marcado interés en desprestigiar a Bolívar Coronado y anularlo como talento literario. Le endilga a este un temperamento “agresivo y belicoso” que contrasta con el “humorista y satírico” del auténtico Daniel Mendoza (1823-1867). La intención de Sambrano Urdaneta parece dirigida a zanjar el asunto y censurar no sólo su conducta (ciertamente reprochable), sino el nombre de Bolívar Coronado del panorama literario venezolano. Sin embargo, el caso ofrece una singular oportunidad para una reflexión sobre los procesos de legitimación en el sistema literario, la autoridad textual y la recepción en la literatura venezolana. ¿Puede un libro perder valor testimonial, estético o de contenido por presentarse bajo una autoría falsa? ¿Cómo se funda y se sostiene el principio de autoridad textual? ¿Cómo y quién puede discernir con precisión dónde se hallan las fronteras entre lo auténtico y lo falso? ¿La falsificación literaria con consciencia estética puede ser entendida como una forma de creación artística?

Es necesario recordar el amplio historial de actividades fraudulentas de Bolívar Coronado, quien hizo de la falsificación una actividad literaria compulsiva. Su afición a los pseudónimos y al engaño lo convirtió en un apostador radical por la despersonalización, a niveles pocas veces visto. Para la editorial «América» falsificó, al menos, seis tomos: *La Gran Florida* (que incluye también *Los Chiapas* y *Los desiertos de Achaguas*), *Los caciques heroicos*, *La Nueva Umbría* (todos estos tomos son falsas crónicas de indias atribuidos a cronistas ficticios), *El llanero (sociología)*, atribuido a Daniel Mendoza, *Las memorias de una niña rubia* (novela de la que se sabe muy poco), *Letras españolas*, falsamente atribuido a Rafael María Baralt y *Obras científicas*, falsamente atribuido a Agustín Codazzi. Falsificó también antologías poéticas para la editorial Maucci, de Barcelona, en las que inventaba poetas, en algunos casos, o atribuía falsos poemas a poetas reales, en otros, y cuyas selecciones atribuía a otros compiladores. Publicó numerosos artículos periodísticos con pseudónimos y escribió falsas crónicas como corresponsal de guerra en Marruecos para el diario barcelonés *El Diluvio*. Escribió la primera biografía en español de Lenin, pero fingidamente “a cuatro manos” con un autor inventado: Jesús de Castilla. Su personalidad literaria es desconcertante y elusiva. Su vida es una auténtica novela de aventuras que a veces roza la picaresca y otras la tragedia. Se trata de un maldito y un moderno.

Despertó la fascinación de los bibliógrafos Rafael Ramón Castellanos y Oldman Botello: le dedicaron estudios biográficos y trataron de perseguir el rastro a su abuso del pseudónimo. Su nombre está ligado a la estulticia y al engaño literario en Venezuela y, sin embargo, es autor lírico de la zarzuela *Alma llanera*, convertido en verdadero himno popular del país desde 1914; obra de la que, por cierto, el propio Bolívar Coronado renegaría, considerándola un “adefesio”. Se trata, pues, de un autor difuso y turbador, que suscita perplejidad. Sin embargo, podría ser revelador poner en valor su insólita, precoz e incomprendida “modernidad”, pues si su obra es leída como un completo entramado que deja entrever cierta consciencia estética, sería entonces un magnífico adelantado a su tiempo y un artífice del escándalo como forma de cuestionamiento al poder de la autoridad sostenida por ciertas prácticas del prestigio. Pone de manifiesto lo endeble que termina siendo el sistema literario.

Suponer que un texto carece de valor documental, informativo o estético sólo por que haya sido alterado el nombre real del autor en el paratexto, sería un error. Máxime en casos en los que la controversia en torno a la autenticidad queda opacada por la preeminencia del texto. En Venezuela, durante décadas, profesores, estudiantes de sociología, así como lectores en general han obviado esta controversia sobre la autoría de *El llanero (Estudio de sociología venezolana)* y se han remitido a la materia relevante que ofrece un libro en el que están contenidos notables datos y descripciones geográficas, etnográficas, culturales e, incluso, apreciaciones personales vinculadas a la extensa región llanera venezolana. En la Biblioteca Nacional de Madrid y en la Universidad Nacional de Colombia el libro sigue apareciendo bajo la autoría de Daniel Mendoza, sin ninguna nota aclaratoria. Por su parte, la Universidad de Michigan ha seguido imprimiendo obras de Bolívar Coronado bajo firmas falsas. Esto revela dos cosas: la falta de interés o atención sobre el asunto y cierto valor documental de dichas obras.

Pedro Grases se mostró benévolo con Bolívar Coronado a propósito de las cualidades que distinguía en *El llanero*: “Es, si se

quiere, una travesura, ya que podía perfectamente haber reivindicado para sí un libro que algún valor tiene tanto literario como en la sociología venezolana”². Esta “travesura” le pareció a Grases, en cambio, “francamente reprochable” en el caso de *Letras Españolas*, libro que Bolívar Coronado atribuyó falsamente a Rafael María Baralt. Considera que en esta ocasión “atenta al buen nombre de figuras respetabilísimas en la historia de la cultura venezolana”. Pedro Grases matiza entre escribir un libro de cierto interés —*El llanero*— (aunque presentarlo bajo otra autoría) y alternar fragmentos auténticos y falsos, utilizando un nombre prestigioso para esconder tales fechorías —*Letras españolas*—. Fuera del ámbito de la apreciación moral (e incluso jurídica) de esta actividad fraudulenta, Grases termina reconociendo que *El llanero* es un libro de cierto interés.

En cualquier caso, la controversia está servida y no exenta de dificultades para un crítico literario. En la confesión de Bolívar Coronado hay demasiadas omisiones. Para empezar, no revela todas las falsificaciones que ha llevado a cabo. Tampoco admite que el propio libro prologado —en el que comenta parte de sus fechorías— también es una falsificación literaria, rizando más el rizo. En cuanto a *El llanero*, no dice cuándo lo escribió, ni cómo lo hizo. Sólo explica los motivos por los que inició su actividad de falsificador y cómo logró engañar con tanta facilidad a los editores. Además evita mencionar el nombre de Rufino Blanco Fombona, tal vez por miedo a mayores represalias. Lo que no dice en la confesión es tan importante como lo que dice.

¿Tendría escrito ese libro y vio la oportunidad de publicarlo, atribuyéndolo falsamente a otro nombre más reconocido, para ganar dinero? o ¿Se percató de la conveniencia de publicar a través de nombres como el de Daniel Mendoza y decidió escribir apresuradamente el libro a partir de entonces? Rafael Ramón Castellanos afirma que lo escribió entre 1916 y 1917. Sin embargo, no puede descartarse que haya sido escrito antes y que haya formado parte de su ligero equipaje cuando abordó el barco español «Manuel Calvo» en La Guaira, que lo llevaría a Europa en el 18 de junio de 1916. En cualquier caso, está claro que era capaz de producir numerosas páginas bajo presión, con cierta consistencia y en breves periodos de tiempo. Con la convicción de que bastaría para pasar los filtros necesarios. En su confesión no deja de mostrarse irónico y desafiante al afirmar que, citando a Emilio Carrere: “en España viven del libro quienes no saben leer” (Bolívar Coronado, s.f., p.7) Podría creerse que estaba decidido a agotar sus energías para demostrar lo endeble que era el mundo literario/editorial de la época y quisiese desnudar sus vergüenzas, en vez de enfocarse en componer decididamente una obra literaria propia. Sin embargo, en un sentido profundo tal vez trató de hacer las dos cosas a la vez. Su obra es de otro signo: compleja, múltiple y despersonalizada. En ella los límites de la literatura son franqueados a extremos poco explorados y el pacto de la lectura (la suspensión temporal de la incredulidad) se rompe de entrada o es resignificado desde otra perspectiva. La ficción no empieza con la lectura, sino desde antes y desde afuera. Autoría y géneros, estilos y registros se confunden en un entramado que, si se interpreta como un todo, en conjunto, podría verse como una obra totalizadora sugerente y reflexiva acerca del distinto poder que tiene la ficción cuando es presentada como si no lo fuese.

¿Por qué terminó escogiendo el nombre de Daniel Mendoza (1823-1967) para llevar a cabo su primera gran fechoría? Este autor era conocido por sus artículos costumbristas aparecidos en la prensa desde 1846, en los que caricaturiza, con un estilo espontáneo y lleno de gracia, ciertos tipos sociales de la época: el llanero, los jóvenes a la moda, los críticos literarios. Desde los artículos de Juan Manuel Cajigal y Rafael María Baralt, el cuadro de costumbres se había popularizado en los periódicos venezolanos. Esta tendencia se explica por la enorme influencia del costumbrismo español (Mesonero Romanos, Larra y Estébanez Calderón), el auge del periodismo y la toma de consciencia de la formación de la nación en el periodo postindependencia.³

Mendoza era oriundo de la región llanera, Ortiz o Calabozo (hay disparidad de datos en las fuentes), en el estado Guárico. Proveniente de familia privilegiada, pudo establecerse en Caracas y realizar estudios formales de Derecho hasta obtener la licenciatura en la Universidad de Caracas en 1843. Publicó sus artículos (relatos, escenas, cuadros de costumbres) en la prensa caraqueña de la época: *El Repertorio*, *La Época*, *Mosaico* y *La Gaceta*. Diarios todos estos de corta vida. Parte de la obra de Mendoza fue recogida en la Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos (1875) de José María de Rojas, y el Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes (1895). En ambas, se reconoce la gracia de su talentosa prosa y la sentida inspiración de sus versos. A partir de 1855, Mendoza regresó a la región de los llanos guariqueños, donde fundó una escuela primaria y una sociedad de ganaderos, llevado por un impulso progresista y civilizador, pero la agitación de las luchas durante la Guerra Federal arruinaron ambas empresas. Terminaría sus días sumido en la depresión y la miseria, falleciendo a la edad de cuarenta y siete años. El siglo XX reconocerá su importante labor como “nacionalizador” del género costumbrista en Venezuela, gracias fundamentalmente a Mariano Picón Salas, quien lo incluyó como figura destacada en su conocida *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, publicada en Caracas en 1940:

Y como sociología naciente se puede captar en las observaciones de esos primeros escritores —Cajigal, Luis D. Correa, Baralt—,

² El caso de *Letras españolas*, obra falsamente atribuida a Rafael María Baralt” en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, CONAC, 1962, N° 151-152, p. 40

³ Acerca del costumbrismo en Venezuela y sus peculiaridades, Javier Lasarte Varcárcel ofrece un preciso bosquejo panorámico en el artículo “Ciudadanía del costumbrismo en Venezuela” en *Revista Iberoamericana*, Vol. LXIII, núms. 178-179, enero-junio, 1997.

Ver *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, selección y prólogo de Mariano Picón Salas, Caracas, Monte Ávila Editores, 1980, pp- 6-7

que por desgracia no supieron disimular la imitación a que los inclinaban los muy aplaudidos modelos españoles. Al principio es la vida de Caracas; sus correveidiles políticos y literarios, el choque del hombre culto con un medio que encuentra todavía primitivo y desorganizado, lo que inspira sus narraciones. Pero ya llegará a la altura de 1845, con su ímpetu y su vigor llanero, un Daniel Mendoza, a exhibir su audaz y deslenguado “Palmarote” y a nacionalizar el género. (Picón Salas, 1980: 28)

El ensayista merideño da realce a la obra dispersa de Mendoza y lo coloca como única figura verdaderamente representativa del periodo costumbrista que oscila entre 1848 y 1864, en la mencionada antología. La creación del personaje “Palmarote” se convertirá en notable referencia literaria del arquetipo llanero apegado a su tierra y a sus tradiciones. “Palmarote” es el personaje llanero que hace contraste con el capitalino en los artículos (o más bien relatos) “Un llanero en la capital” y el que lleva por título precisamente “Palmarote en Apure”. La comicidad viene dada por el choque de perspectivas que resume la contradicción entre medio rural y medio urbano, regionalismo y cosmopolitismo, tradición y modernidad. A esta antítesis tan frecuente en la literatura latinoamericana se le resumirá —a veces abusivamente— bajo el manto del conflicto entre civilización y barbarie, promulgado por Sarmiento.

Sin embargo, algunas pinceladas de estos cuadros de costumbres de Mendoza—siempre salpicadas de humor e ironía—, parecen insinuar también que, en ocasiones, la perspectiva del llanero esconde una sabiduría popular que deja en entredicho algunas inconsistencias o contradicciones del excesivo afán progresista y civilizador. Después de todo, la figura del llanero representaba, en general, auténticos valores: franqueza, intuición, valentía y honestidad. La agudeza de Mendoza para retratar con cierta ambigüedad la otredad desde la perspectiva del culto personaje capitalino viene dada por el hecho de experimentar en sí mismo ambas figuras: el letrado y el llanero. Mendoza es un llanero que se traslada a la ciudad, se forma académicamente y refina sus costumbres para adaptarse al medio urbano y, luego, regresa al llano a establecerse definitivamente. Es por esto que comprende bien ambos puntos de vista y consigue representar la escena con tanto acierto y emulando ambos lenguajes. El regreso de Santos Luzardo a su hacienda apureña «Altamira» —en *Doña Bárbara*— podría verse como una culminación narrativa y artística de esta tradición de la representación de estas figuras contrapuestas: el ciudadano y el provinciano. Muchas veces, ambos se funden en el interior de un mismo personaje.

En “Un llanero en la capital”, Mendoza genera el efecto abrupto de un individuo que está fuera de su contexto: el madrugador llanero llega con su tono brusco y dicharachero a pedir un favor a su antiguo paisano que ahora es abogado y vive en la capital. Desde las primeras palabras del texto se anuncia con estrépito la irrupción del llanero:

Pum, pum, pum; ¡¡¡á, ¡¡¡á, ¡¡¡á!

-Muchacho, mira quién toca

-Ahiá, ahiá, ahiá! dónde están los blancos de aquí? ¿No hai quien choque al tranquero? Ahí, ahí, ahí!

-¡Va!

-Ya tumbo la palisá, huóhuó, huó!

Después del encuentro entre ambos arquetipos, el capitalino, narrador y anfitrión en esta ocasión, nos pone al tanto de la situación: “Así se anunció en mi casa, no ha muchas mañanas, el personaje que voy a presentar a mis lectores. No será necesario decir que era llanero, tipo tan conocido en esta capital, que las pinceladas precedentes bastarían para bosquejarlo; tipo original e interesante al propio tiempo; tipo, en fin, que difiere esencialmente de los demás caracteres provinciales de aquesta nuestra pobre República”. (Ibid: 93) Referirse al llanero como tipo original e interesante y destacarlo como único entre el resto de arquetipos provincianos nos da una idea no sólo de la importancia representativa que devendría en estereotipo, sino de la curiosidad intelectual que representaba su tipología y su cultura en la urbe capitalina. Sobre este artículo de Mendoza, Raquel Rivas Rojas escribe:

Se dibuja así, desde la mirada del habitante del espacio rural, la caricatura del espacio urbano, en un movimiento inverso al que la tradición costumbrista había instaurado en la primera mitad del siglo XIX. Una caricatura que dará ingreso, en el territorio de la representación, a la mirada del otro, aún enmarcada dentro de una percepción letrada que encauza los excesos de esa voz que se pierde, que necesita orientación y guía, y que al final sólo pide salir de ese lugar asfixiante. ⁴ (Rivas Rojas, 2002:28)

Así la tendencia a la caricaturización de los personajes será una pauta sobre la que se configurará una posibilidad novelesca más compleja. El cuadro de costumbres de Mendoza describe el trayecto que harán juntos letrado y llanero (narrado siempre desde la perspectiva del letrado, pero haciendo intervenir directamente al llanero) desde la casa hasta el Palacio de Gobierno. A través del diálogo entre ambos, somos testigos de la contraposición de perspectivas, en un espontáneo contrapunteo en el que cada comentario tendrá su réplica, como dictan las costumbres poéticas y musicales típicas de la región. El llanero, abrumado por la ciudad, manifiesta su impacto ante la sensación de orden que dejan entrever la conducta civil y el paisaje urbanístico. Al final, necesita regresar con urgencia a su entorno: añora el paisaje de horizonte infinito y la inmensidad como cifra de un

⁴ Raquel Rivas Rojas (2002). *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista*, Caracas; La Nave Va, p. 28.

orden secreto más vasto y menos perceptible.

El artículo “Palmarote en Apure” parece concebido como segunda parte o réplica de “Un llanero en la capital”. La situación se invierte: el letrado debe asistir a San Fernando de Apure en los llanos y allí se encuentra a Palmarote, que lo lleva su casa. Siendo ahora el “baquiano”, guía al letrado en este contexto rural que, sin embargo, da muestras de cierto progreso civilizatorio y orden. La conversación gira en torno a los cambios notables que hay en la pequeña población llanera y lo que el personaje urbano aún echaría en falta. Pero Palmarote siempre tiene réplica a cualquier observación, pregunta o cuestionamiento del letrado. El contraste de ideas, lenguajes y perspectivas hacen de este texto una elocuente alegoría de la construcción de una identidad nacional en la que ambos puedan forjar, cada quien con sus aportes, un sentimiento de pertenencia más arraigado. Este contraste de visiones entre mundo provinciano y mundo ciudadano marcaría buena parte de la novelística decimonónica europea y se extendería en toda América hasta muy entrado el siglo XX.

Sin duda, Bolívar Coronado compartía esa visión más bien complementaria entre ambas figuras y estaba consciente de que hacía falta un estudio más completo y pormenorizado sobre la llanura, sus paisajes, habitantes y costumbres desde el punto de vista cultural y sociológico. Su forma de leer tan ágil, desordenada y profusa seguramente lo ayudaron a compilar datos e información que otros ya habían recabado, sobre todo Humboldt y Codazzi, y añadir una sustancial muestra de sus propios conocimientos e impresiones al respecto gracias a su amplia experiencia personal. Bolívar Coronado también era oriundo de los llanos aragüeños, en concreto de la localidad de Villa de Cura, a sesenta kilómetros de Ortiz y a ciento cincuenta kilómetros de Calabozo, y tenía un remarcado gusto por la comicidad, aunque su sentido del humor era de una naturaleza muy distinta del que hacía gala Mendoza. Era comprensible que admirara los artículos de Mendoza y los conociera bien. Además, su padre, Rafael Bolívar (1860-1900), había sido a su vez un destacado escritor costumbrista. También es muy probable que Bolívar Coronado conociese el poema “Impresiones del llano” de Mendoza, en el que, por medio de versos octosílabos dedicados a su madre, enaltece las vivencias y los paisajes llaneros. Esta capacidad de Mendoza de someter a descripción, examen y análisis la cultura llanera, sin dejar de expresar la emoción y los sentimientos que suscita en sí mismo, será la misma que mostrará Bolívar Coronado en *El llanero*. La escogencia de esta falsa autoría sería un acierto, pues en una primera instancia había suficientes elementos convincentes.

Así, las condiciones estaban dadas para que nuestro falsario emprendiera el artificioso engaño y con él iniciara su prolífica carrera como forger literario en España. Trabajar como investigador y copista para la editorial «América» le sirvió para poner a prueba la (poca) fiabilidad y el funcionamiento de esa casa editorial, que contaba con una actividad quizás más intensa de lo recomendable. Durante esa época, entre finales de 1916 y finales de 1917, se desempeñó como secretario privado del poeta modernista español Francisco Villaespesa, con quien colaboraría en la revista «Cervantes», que este dirigía. El método de selección y corrección de textos para la revista le sirvió para conocer ciertas prácticas en el mundo intelectual y editorial en la Madrid de aquella época. No tardó en intentar el mismo ardid, pero con textos cortos de esta publicación mensual. Tal vez por ser oriundo de un país en el que urdir este tipo de estratagemas era moneda corriente para la supervivencia, en una sociedad aplastada por el autoritarismo y la miseria en tiempos de la dictadura del general Juan Vicente Gómez; tal vez urgido por la desesperación económica y el desarraigo; o tal vez por haber presenciado pequeños desmanes editoriales en la publicación caraqueña «La Revista», dirigida por Luis Alejandro Aguilar, con quien había trabajado estrechamente los últimos años (incluso los meses posteriores al exilio) y con quien terminaría seriamente enemistado. Lo cierto es que tuvo que ser grande su sorpresa al comprobar la facilidad con la que había podido engañar a los editores. Con Blanco Fombona constató que la decisión de publicar un libro era enteramente arbitraria y como este sello editorial estaba obsesionado con grandes firmas que otorgasen prestigio inmediato a una empresa joven, Bolívar Coronado pudo filtrar fácilmente sus textos al eliminar su firma y sustituirla por nombres reconocidos: Daniel Mendoza, Rafael María Baralt, Agustín Codazzi. Como pasaba el día entero en la Biblioteca Nacional de Madrid en Recoletos, allí escribió estos libros con sorprendente premura, para luego argumentar que había encontrado ediciones raras y simplemente se había tomado el trabajo de copiarlos (además de los respectivos embustes sobre los derechos de autor).

He aquí la gran diferencia entre el plagio y la falsificación, esta última implica esfuerzo y la creación real de una obra. Por supuesto, en su estrategia Bolívar Coronado quiso dar un paso más allá: la creación de otros autores. Así, ideó la composición apresurada de cinco libros de crónicas de indias escritas por fingidos conquistadores y frailes del siglo XVI: Juan de Ocampo, Montalvo de Jarama, Salcedo Ordóñez, Albéniz de la Cerrada, Nemesio de la Concepción Zapata fueron deliciosas invenciones. Blanco Fombona se entusiasmó tanto con estos supuestos y valiosos hallazgos documentales que creó la colección Biblioteca Americana de Historia Colonial para la edición de estas joyas históricas. Tal vez sea la única colección de una reconocida casa editorial en todo el mundo compuesta exclusiva e involuntariamente de textos apócrifos.

La riqueza anecdótica del asunto y todo lo que ocurrió después debe ser uno de los episodios históricos más amenos de la literatura venezolana; sin embargo, he aquí el peligro que corre quien intenta el estudio de la obra de este falsario: la fascina-

ción por su vida picaresca y novelesca en detrimento de una atención más detenida a sus textos. *El llanero* apareció con una portada en la que se lee “Daniel Mendoza, abogado venezolano”, y abre con una nota biográfica sobre este autor que debe haber sido escrita por Blanco Fombona, debido al tono, al estilo y además aparece firmada bajo el nombre de la casa editorial. Luego el prólogo, en el que es probable que todo lo expresado sea rigurosamente cierto. Las fuentes consultadas son reales: Codazzi, Humboldt, Dupont, Alsacia, Kinsey, Weteshoshy, Aumarch, Lineo, Darwin, Albis, Vives. Aunque sólo los dos primeros hicieron respectivos estudios geográficos y etnográficos de campo sobre la inmensidad de la llanura venezolana. Las notas al pie se dividen entre Notas del autor y Notas de la presente edición; excelente estrategia para lograr un grado más de credulidad, además de aludir a antiguas ediciones, en realidad inexistentes. Borges haría lo mismo algunas décadas después, pero siempre dentro del marco de la ficción y como juego literario. En *El llanero* la composición de paratextos muy bien pensados, ingeniosos y no demasiado abundantes acompañan al tono convincente y sostenido de principio a fin en el libro. Los capítulos se presentan de forma ordenada y segmentan bien los temas: descripción geográfica de las tierras llaneras, datos concretos de la topografía, colonizadores, fundación de las ciudades, tradiciones, supersticiones, hábitos, carácter, el ganado, los caballos, la música, la poesía, el paso de ríos, episodios históricos, la vegetación, etc. El libro logra ser fuente informativa y certera sobre todas las vertientes de la vida en esta vasta región venezolana, pero además es también expresión de su paisaje psíquico, desde una perspectiva cercana y envuelta en la mirada de quien sabe por experiencia propia de qué está hablando.

Ese tal vez sea uno de los grandes “defectos” de Bolívar Coronado como falsario: suelen escapárseles impresiones demasiado personales y poéticas que derivan en breves divagaciones emocionales que lo hacen cometer errores: fallas en el lenguaje, reminiscencia de otros textos leídos o escritos, anacronismos, cambio abrupto de estilo. En el caso de *El llanero*, además de pequeñas repeticiones en algunas frases —escritas en otros textos—, y de algunos errores históricos (fechas equivocadas, datos erróneos) su momento de mayor divagación llega con el recuerdo de Ortiz, la mítica población guariqueña que servirá de escenario en la novela *Casas muertas* de Miguel Otero Silva. Ortiz fue una ciudad rica y pujante que tuvo un gran periodo de esplendor, pero acabó siendo destruida por las epidemias y las migraciones hacia las grandes urbes. Bolívar Coronado escribe:

Una vez, después de quince años de ausencia, fui a Ortiz. Iba con la ilusión; aquellas calles risueñas, aquellas amenas umbrías pobladas de azulejos y paraulatas armoniosas, que yo había visto en los fugaces años de la infancia, y cuando me vi en él... sentí un no sé qué de profunda tristeza. A mis labios acudieron los versos inquietantes del poeta español de las ruinas de Itálica. En su desvencijado cementerio había enterrados varios seres caros a mi alma. Mi tristeza fue más honda al ver sus tumbas arropadas por los matorrales, circuidas de barandales herrumbrosos, resquebrajados. Me alejé de aquel sagrado sitio con el corazón oprimido. Aquella soledad era más triste aún que la soledad de la tumba del llanero, que al pedir se cave bajo el ala de una palmera, acaso presenta que a los rizados abanicos de esmeralda van a posarse los turpiales bulliciosos y fieros...⁵ (Bolívar Coronado, s.f.:193-194)

Daniel Mendoza no vivió para ver la decadencia de Ortiz. Este error parece producto de haberse dejado llevar por una impresión personal muy intensa que siempre desemboca en una intensa sensación de pérdida o de orfandad en su compleja relación con su país. Su frenético activismo político antigomecista ejercido desde España fue cada vez más vehemente con el paso de los años. Venezuela, con sus complejos, grandezas y miserias, fue el gran tema omnipresente en toda su obra. Incluso en su biografía de Lenin —publicada en Barcelona en 1920—, termina desviándose del tema haciendo alegatos acerca de la necesidad de derrocar cuanto antes la tiranía de Gómez; su tono se enciende en anhelo de un nuevo proceso político para el país. Su exilio casi forzado lo obligó a vivir un poco en los márgenes y esa inquietud perpetua se trasluce en sus palabras. La inmensidad de la llanura parece imponerse como imagen en sus recuerdos y su capacidad para recrear ese paisaje como metáfora de la pequeñez humana. *El llanero* termina siendo un texto bastante completo y un buen compendio de la vida llanera, a pesar de sus inexactitudes (que tampoco son muchas). Este libro también contribuyó, aunque en menor medida que la lírica de su zarzuela *Alma llanera*, a la instalación del llano venezolano como símbolo reconocible y distintivo de lo venezolano, que desde la imagen de los centauros de Páez fue articulándose como mito fundacional en la imaginaria criolla.

En *Los límites de la interpretación*, Umberto Eco alerta sobre la complejidad de definir los términos falso, imitación, pseudoepígrafo, falsificación, facsímil, espurio, pseudo-apócrifo —y un largo etcétera— debido a la dificultad para definir la noción misma de “original” o de “objeto auténtico” (Cfr. Eco, 1992:181). Es decir, la mentira y la verdad se visibilizan como contrastes, como formas complementarias. Otra vez: sólo puede definirse una en relación con la otra. Y fue así desde siempre. Anthony Grafton, en su ya clásico estudio *Críticos y falsarios*, constata que las falsificaciones suceden “desde el principio de la civilización occidental hasta nuestros días”. En la antigüedad, más allá de la relevancia y prestigio de la imitatio, era palpable el deseo imperioso de generar textos convincentes para lograr engañar a los lectores, con los fines más diversos; el método empleado consistía en aplicar el conocimiento literario (lingüístico, gramatical, estilístico, estético) adecuado y la creatividad para presentar la materia. Este autor insiste en la importancia de la falsificación para el desarrollo de la filología:

5. Ver *El llanero*, pp. 193-194

Durante más que dos mil quinientos años, la falsificación ha divertido a sus observadores y ha indignado a sus víctimas; ha florecido como un auténtico género literario y —lo que es aún más llamativo— ha estimulado el desarrollo de mejoras cruciales en las técnicas de la investigación filológica. La falsificación está presente en todas las épocas y lugares, con diferentes métodos y objetivos, por lo que en ocasiones se confunde con otras actividades similares. En un extremo linda con el puro camelo: se tiene la intención de engañar por un breve lapso de tiempo, de gastar una broma. En el otro, entronca con la literatura de ficción. (Grafton, 1990:11)

Por su parte, Joaquín Álvarez Barrientos también destaca la relación entre la falsificación y el avance de las técnicas y métodos de la filología: “de ahí en parte la relación de dependencia entre Falso y Filología, pues muchos de los avances metodológicos de esta se deben, precisamente, a los intentos para discriminar lo verdadero de lo que no lo es” (Álvarez Barrientos, 2011:10). Y llega aún más lejos en su pretensión de dar mayor importancia y visibilidad al estudio de la falsificación literaria. Al hablar de recientes iniciativas en el campo de las artes plásticas, incorporando “arte falso” en algunos museos de Francia, Holanda o Italia, que antes habían sido desechados por tratarse de falsos y apócrifos, Álvarez Barrientos afirma: “La literatura espera aún un movimiento similar que ponga a disposición del público aquellos textos valiosos de la «creatividad falsa», ese otro canon que hace que la historia de nuestra literatura sea aún una historia coja e inconclusa”⁶. (Íbid.: 16)

Sin duda, algunos autores de ficción son más proclives a comprender mejor estas fronteras difusas y a jugar con ellas ensanchando el espacio literario a través de leves (o extremas) transgresiones del pacto ficcional. Desde la falsa atribución, pasando por la presentación de obras como falsas traducciones, hasta el juego con pseudónimos, heterónimos, apócrifos e incursiones en la metaficción o autoficción, son todas prácticas sugerentes que subrayan la importancia de atender a la necesidad de que lo “falso” haga de las suyas, permitiéndonos reflexionar sobre la autenticidad y la verdad de lo que hacemos (y somos) y muestre toda la dimensión que esta cuestión ocupa en el mundo del arte. Por su parte, y en sintonía con una de las pesquisas que este trabajo intentará desarrollar, el artista y crítico Joan Fontcuberta afirma: “El «fake» hace pasar como verdadero un contenido que es falso, pero su aspiración esencial no es el engaño o el fraude sino un acto de transgresión que opone al poder de una autoridad informativa la fuerza de la sospecha de la crítica”. (Marzo, 2018: 17).

Bolívar Coronado terminó desarrollando esa pulsión inquietante que lo llevó a cuestionar todo principio de autoridad basado en el supers

ticioso prestigio literario, por su natural inclinación a la sospecha. Pudo desprenderse de las ataduras y obligaciones de la firma y apostó fuerte a disolverse como un auténtico outsider en el campo literario, y no como un rebelde de esos que ya fueron previstos por el mercado. Sus acciones son reprobables desde el punto de vista moral y jurídico, pero su labor intelectual constituye una nueva valoración del escándalo como medio para hacer temblar los cimientos de un ámbito cultural plagado de contradicciones. Es seguro que le faltó tiempo, formación y serenidad para llevar a cabo una obra que se consolidase en base a su instintiva capacidad para reinterpretar el hecho estético. *El llanero* es un libro que expresa destellos de ese oscuro talento que terminó aflorando en ámbitos abisales y desconocidos, porque se mantuvo siempre a gusto en las sombras. Si obviamos sus prácticas fraudulentas, podemos notar la misma pasión de Daniel Mendoza por la inmensidad del llano y toda la vida contenida en su paisaje. La obra de Bolívar Coronado no debería quedar atrapada en el paréntesis anecdótico, sino que debería ser leída en conjunto como oblicuo reflejo de la obsesión de la literatura por aludir siempre a un misterio, que no puede ser revelarlo del todo.

Bibliografía

Bolívar Coronado, Rafael (1915). *Alma llanera*. Caracas: Tipografía Americana.

-----: [Mendoza, Daniel]: *El llanero. Estudio de sociología venezolana*. Madrid: Editorial América, s/f.

-----: *Memorias de un semibárbaro. seguida de La propia (escenas de la vida centroamericana) por Magón*. Madrid: Editorial América, s/f.

-----:[Blanco Meaño, Luis F. (comp.)] (1919). *Parnaso Boliviano*. Selecta antología de poesías, con prólogo de Rafael Bolívar Coronado. Barcelona: Maucci.

Álvarez Barrientos, Joaquín (2011). *Imposturas literarias españolas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Bloom, Harold (1991). *La angustia de las influencias*, traducción de Francisco Rivera. Caracas: Monte Ávila Editores.

Bourdieu, Pierre (2002). *Campo de poder, campo intelectual*, traducción de Jorge Dotti Buenos Aires: Montessor.

Botello, Oldman (1993). *El hombre que nació para el ruido. Rafael Bolívar Coronado*. Maracay: Asamblea Legislativa del Estado Aragua.

Castellanos, Rafael Ramón (V). *Un hombre con más de seiscientos nombres (Rafael Bolívar Coronado)*. Caracas: Impresiones Italgráfica.

⁶. Ibid. p. 16

- Eagleton, Terry (2017). *Cómo leer literatura*, traducción de Albert Vitó. Barcelona: Austral.
- Eco, Umberto (1992). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Grafton, Anthony (1990). *Críticos y falsarios. Creatividad e impostura en la tradición occidental*. Barcelona: Crítica.
- Grases, Pedro (1962). *El caso de "Letras españolas", obra falsamente atribuida a Rafael María Baralt*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación
- Marzo, Jorge Luis (2018). *La competencia de lo falso. Una historia del «fake»*, prólogo de Joan Fontcuberta, Madrid: Cátedra.
- Picón Salas, Mariano (comp.) (1980). *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Rivas Rojas, Raquel (2002) *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista*. Caracas: La Nave Va.
- Rifkin, Jeremy (2019). *El Green New Deal global: Por qué la civilización de los combustibles fósiles colapsará en torno a 2028 y el audaz plan económico para salvar la vida en la tierra*. Barcelona: Editorial Planeta
- Sambrano Urdaneta, Oscar (1952). *El llanero, un problema de crítica literaria*. Caracas: Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, número 76.